

MIRALLES, Carlos, **El helenismo**, Montesinos Editor, Barcelona, 1981, 156 págs.

En este libro Carlos Miralles abarca las épocas helenística y romana de la cultura griega. En su prólogo, el autor advierte que no sólo desea citar y bajar muchos datos en la descripción de estos periodos, sino que aspira a que el lector comprenda, sobre todo, tales épocas, generalmente menospreciadas por los críticos, cuyos logros él espera que el lector aprecie con este libro.

La obra está dividida en dos capítulos fundamentales, precedidos de otro en el cual se enumeran los hechos históricos y culturales más conspicuos del siglo IV. Al final se incluye un pequeño capítulo que atañe a la literatura del siglo VI en adelante.

Deseando guiar al lector en la comprensión del período helenístico, Miralles hace un rápido bosquejo histórico de la evolución que tuvo la democracia del siglo V, en el cual la ciudad representaba para el hombre el centro del mundo, al IV siglo, donde impera el individualismo. El cambio político ocasiona también un cambio cultural, desplazando la base de la cultura de la poesía a la prosa que, con los sofistas, se ofrece como una prosa técnica que requiere de la palabra como medio de reacción y convicción, la cual es apoyada por la difusión de la escritura, a raíz de la multiplicación de los materiales empleados: papiro y pergamino y hasta trozos de vasija que se emplean no sólo para fines particulares sino también escolares, para copiar a veces textos literarios.

Esta proliferación de los textos escritos, a lo que Miralles llama la "tecnología de la escritura", afecta la producción, difusión y conservación del material cultural, pero también da un nuevo enfoque a la producción literaria, con una nueva forma de análisis referida necesariamente a la realidad, lo cual provoca una desmitificación de la literatura.

En su descripción de lo más importante en el siglo IV, Miralles considera que sobresalen tres manifestaciones literarias, sintomáticas del momento: la oratoria, la historiografía y la comedia. De la primera, menciona a los oradores más distinguidos: Isócrates y Demóstenes y nos hace ver cómo las circunstancias históricas hacen que su posición política cambie, del mismo modo que Atenas se transforma de potencia política a centro cultural de toda Grecia. El lenguaje y estilo coloquial que el autor adopta en esta parte, aunque en un primer momento parece acusar falta de rigor científico, ubica al lector en las costumbres y la forma de sentir de la época.

En cuanto a la comedia, se describe brevemente su transformación del tipo político al costumbrista, con un típico final feliz; como autor destaca Menandro. En la historia, Miralles nos hace ver cómo por la mediación de la escritura los autores ya no se interesan en los efectos miméticos de la narración —como Teopompo y Eforo, discípulos de Isócrates— sino en una expresión conceptualmente más elaborada y reflexiva que no busca arrebatar ni encandilar con sus historias fantásticas. Además, la historiografía tiende ahora a la universalidad, al afán de abarcar la diversidad de pueblos y culturas y a un particularismo erudito.

Antes de entrar a la descripción del helenismo, Miralles insiste en cómo la materialidad del libro permitió que la cultura griega, difundida en una lengua común (la *koiné diálektos*) en el vasto imperio surgido a raíz de las conquistas de Alejandro, se ampliara del pequeño grupo de iniciados que la custodiaban y estudiaban, a las grandes minorías.

El helenismo, cuyo inicio se ubica a la muerte de Alejandro (323 a. C.), comprende en el ensayo de Miralles cinco apartados, en los cuales considera las manifestaciones culturales, literarias e históricas.

En el primero de ellos, denominado “Cultura y escuela”, Carlos Miralles nos hace ver, de entrada, cómo la crisis general de la época afecta la concepción misma de la cultura, cuando un poeta como Teócrito se pregunta para qué sirve la poesía. Esta, que fuera conceptualizada como la educadora de Grecia a través de los poemas homéricos, se ha vuelto ahora “técnica especializada, palabra erudita dirigida a expertos”, sin gran proyección social, por lo cual hubo de acogerse al proteccionismo de los monarcas o del Estado. El producto de la cultura, dice Miralles, se limitó a la enseñanza, “reconocida como perpetuación, perfeccionamiento de sí misma”. Así, la filología, entendida como técnica dedicada al estudio de la palabra escrita tuvo gran importancia mediante la edición de textos, comentarios, glosas y escolios. Proliferaon escuelas y maestros, con lo cual, la cultura se escolarizó.

Las Bibliotecas cobraron significación y empezaron a ser sentidas como un mito, como un mundo aparte al que había que dedicarle todo el tiempo, alejado del mundo cotidiano, al margen del cual se sentían los eruditos.

Con la alfabetización de grandes masas el libro contribuyó a crear un progresivo interés por la cultura formando lectores potenciales entre soldados, comerciantes, etcétera, que recurrían a la escritura como medio de información o de comunicación.

El segundo tema considerado es el de la filosofía. El autor expone el pensamiento medular del Cinismo, el Estoicismo y el Epicureísmo.

Con relativa amplitud se desarrolla el Cinismo, dado lo conciso del ensayo general, entre cuyos representantes se menciona a Antístenes, el creador del movimiento, a Crates, Menipo y, de manera muy especial, a Diógenes, en quien el autor ejemplifica el pensamiento cínico, narrando ciertas anécdotas en relación con él. Se mencionan la subversión de valores convencionales, la especulación sobre lejanas islas de felicidad, el deseo de volver a la naturale-

za, la búsqueda de la libertad y la no dependencia de los demás. Se habla de los procedimientos literarios empleados por los cínicos, la parodia y la sátira, como instrumentos de agresión verbal para criticar todo a fondo, y se destaca la importancia de la literatura cínica que cuajó en obras como las de Varrón y Petronio, en la literatura latina y en la griega, en Luciano, el emperador Juliano e incluso, posteriormente, en la predicación de los cristianos, en determinadas ocasiones.

Hay en Miralles cierta tendencia a enumeraciones generales del tipo anterior que abarcan varias épocas, en las que se comprende la génesis o evolución de un género literario o de un movimiento filosófico. Esto crea a veces confusión, especialmente para un no especialista de la literatura griega, pues el lector común no puede saber que en un determinado momento se habla de autores que corresponden a épocas pasadas o posteriores, y no a la helenística. Por otra parte, la insistencia en ciertos temas, como el del cinismo y la importancia de su literatura, cuya producción fraccionada nos impide valorarla en lo que cabe, provoca una reiteración que, en momentos, quita cohesión a la obra, cuya importancia no intento restar con este comentario, ya que es sumamente difícil resumir en un ensayo de 150 páginas la literatura de diez siglos, como corresponden del inicio del helenismo hasta fines de la época imperial romana, en el siglo V.

En su descripción del estoicismo, Miralles señala cómo comparte con la secta cínica los modos y tendencias de crítica social, un empeño moral en no dejarse perturbar por las circunstancias de un mundo hostil, propugnando por la aceptación del destino y la conveniencia de no caer en la turbación, soportando todo con ánimo inmutable, con la única posible dignidad humana, derivada de la aceptación del orden divino, llámese este destino o fortuna. Asimismo, Miralles destaca cómo el estoicismo se opone al cinismo que promulgaba la desaparición del hombre (por ello Diógenes anda en su busca con una linterna), al aspirar a la edificación de un hombre nuevo, preconizando la filantropía, entendida como amistad entre todos, el no aislamiento de los demás hombres. También se menciona el aspecto negativo de este movimiento por su tendencia a desarrollar "poco menos que una apología del conformismo y del inmovilismo que no dejó de ser bien acogida por la clase dominante romana".

A diferencia de los manuales de filosofía, Miralles nos hace ver que cinismo, estoicismo y epicureísmo son en principio respuestas complementarias a un mismo mundo y no etiquetas que implican exclusión las unas de las otras.

Miralles considera que la concepción de la filosofía como enseñanza para la felicidad del hombre puede tener su origen en el epicureísmo, ya que Epicuro optó por apartar el temor de la vida del hombre, especialmente en relación con la muerte. Quiriendo dar al ser humano un punto de apoyo, propicia con su doctrina la confianza en los sentidos y en la razón para evitar la duda sistemática, dejando de lado la dialéctica.

En el aspecto literario, la filosofía creó una renovación pues, buscando un público, el discurso filosófico recurrió a la parodia, a la carta, renovó el tratado y el opúsculo monográfico y el himno, o recurrió a la poesía.

Acierto del autor es la síntesis que hace sobre el valor de la filosofía helenística, en la cual destaca la ética como motivo principal de su preocupación.

Como tercer tema se aborda la poesía helenística. Se nos recuerda cómo había perdido su raigambre social, por lo cual el poeta es o maestro o protegido de algún monarca. La poesía se encierra en sí misma; la imitación y la variación se convierten en técnicas difíciles, altamente especializadas que dan lugar a la erudición y la sectarización de los poetas empeñados, a veces, en polémicas estériles.

Lo más característico de la poesía helenística fue la evasión representada por la reflexión sobre el hecho poético sin más, la cual tuvo lugar, según Miralles, en dos direcciones: la libresca o erudita y la bucólica. Representantes de una y otra son, respectivamente, Calímaco y Teócrito.

Aunada a la evasión, encontramos una tendencia al realismo en poetas como Apolonio de Rodas, Herodas y el mismo Teócrito que, dice Miralles, revela un intento por aprehender de nuevo la realidad para, sin perder su carácter erudito, captar un público más amplio que el de los círculos de expertos o eruditos. El mito pierde en este tipo de poesía su condición de "materia sagrada" y sirve de fondo que enriquece los adornos retóricos o como tema mismo del poema, cual se ve en la *Alejandra* de Licofrón.

Miralles menciona también los *carmina figurata*, donde los significantes dibujan la realidad significada, como los poemas de Simias que dicen un huevo o una hacha y son, sobre el papel, representación gráfica de tales cosas.

Género en boga en esta época es el epigrama, de cuyo origen en el siglo VII nos habla Miralles, quien se pregunta cómo, entre los ambiciosos planteamientos de los poetas helenísticos, cobró importancia este poema breve, generalmente en dísticos elegíacos, cuyos temas incluyen el amor, la brevedad de la vida, la recordación de los muertos o las quejas contra la fugacidad de lo humano.

Gracias a la costumbre de compilar surgieron las Antologías en la época helenística. Estas resultaron medios valiosos para la conservación de poemas, entre ellos de los epigramas que se remontan a la época arcaica (Teognis) o clásica (Eveno o Dionisio Calco). Todas las antologías seguían un orden alfabético que se vio modificado en el año 900 por un tal Constantino Cefalas, cuya obra implantó la modalidad de ser temática, conforme la hallamos en la *Antología Palatina*, que es hoy nuestra fuente principal, junto con la llamada *Planudea*, para conocer la poesía epigramática griega.

Enseguida se nos ofrece el desarrollo de la poesía elegíaca, mencionándose sus orígenes jónicos y su empleo en poemas más extensos, fundamentalmente narrativos, como la *Lide* de Antímaco que trata el tema de los argonautas, cuyo origen se remonta a Mimnermo (sin especificar aquí que este es un poe-

ta del siglo VII, lo cual crea confusión en el lector).

Miralles nos presenta también la polémica que surgió entre los autores sobre la extensión del poema, especialmente importante en el caso de los poemas épicos que se construían según la forma tradicional, de tipo homérico, o a la manera breve, denominada epilio. Menciona Miralles el empleo de varios metros: el hexámetro que se empleaba en la épica o en la poesía didáctica o en la himnografía; y el yambo, entre cuyos autores incluye a Herodas (mimo) y Fénix de Colofón (cínico).

Se habla del interés que siguieron teniendo la tragedia y la comedia, a la primera de las cuales se inclinaban los poetas helenísticos.

En este período tuvieron gran favor en el terreno del espectáculo las llamadas farsas o *fliaes* que menciona Miralles como posible origen de la comedia, aunque no fueron objeto de elaboración propiamente literaria hasta la época helenística.

Este tipo de representaciones, de las cuales no se ocupó la tradición literaria, pero que se conservan en fragmentos de *ostraka* y papiros, revelan una evolución del teatro que ahora se encierra en locales, con temas jocosos y provocativos que sustituirían la comedia por el mimo, y en las que sobresalen la música, el gesto y un realismo ingenuo.

La historiografía ocupa el cuarto apartado de este capítulo. El prestigio que la vida de Alejandro y su muerte temprana dejaron tras él hizo difícil separar la leyenda de la historia. En el siglo II las obras históricas de Plutarco y de Arriano no dejan de contener información legendaria, pero ya manejan las fuentes con un cierto sentido crítico. Nos ofrece Miralles los nombres de los historiadores de esta época de cuya obra quedan pocos fragmentos, que permiten observar todavía el gusto por lo extraordinario en la descripción de las maravillas lejanas. Entre estos autores se nombra a Antonio Diógenes, y Yámbulo, aunque son propiamente novelistas y no historiadores.

Por otra parte, se señalan las tendencias antagónicas de la historiografía de esta época: aquella que concibe a la historia como material de enseñanza y de reflexión, a la manera de Polibio; y aquella otra que la entiende como deleite, para conmover al auditorio, como Duris y Filarco. Las historias de los pueblos con los cuales entraron en contacto los griegos tienen también cabida, y así se llega a saber sobre los egipcios o los babilónicos en sus leyendas, tradiciones, cosmogonías y mitos.

El quinto apartado alude a la pintura mural helenística y a la elaboración de mapas y planos, a los que daba lugar la fundación de nuevas ciudades.

Resaltando la importancia de la naturaleza en esta época, ya en las grandes casas de campo o en los jardines particulares, Miralles cierra el capítulo del helenismo destacando, una vez más, la importancia del desarrollo de la tecnología de la escritura que dio lugar, en su opinión, a una división del arte literario en un aspecto teórico —el de los eruditos y escritores— y uno práctico, que reparte en la escritura del hombre de letras y la simple escritura que garantiza mediante copistas la reproducción material de las obras literarias.

El segundo capítulo importante estudia, también en cinco apartados, la época romana.

En el primero, denominado Grecia y Roma: Helenismo y Cristianismo, se describe la asimilación que los romanos hicieron del legado griego y cómo se valieron del griego como lengua administrativa, y del prestigio de la cultura griega como vehículo de su propaganda política. Los griegos, por su parte, o no sintieron la necesidad o no pudieron aislar de la historia romana la propia, dando por resultado que los historiadores en lengua griega se preocupen por la historia universal o sea fuentes de primer orden para la historia romana. En Grecia se centró un interés casi arqueológico (Pausanias) o de curiosidad anticuaria (Ateneo).

Una tercera cultura importante en el Imperio fue la hebrea, pero la helenización y recepción en las culturas clásicas del legado hebreo se dio apenas con el advenimiento del cristianismo. Surge éste como una religión de salvación ante la inseguridad, material, moral e intelectual de la época, situación que se agravó en el Imperio con la extensión de las religiones místicas y de los cultos exóticos. Como documentos propagandísticos surgieron las aretalogías que narraban relatos extraordinarios de un dios o héroe religioso.

El cristianismo también generó una literatura propagandística con los evangelios y narraciones sobre los discípulos, que empleaban un griego accesible. De mayor elaboración doctrinal son las cartas y surgen las revelaciones o apocalipsis, género que se aviene con ciertos rasgos de la literatura hebrea helenística y de la profética anterior. Los cristianos aprovecharon cuanto pudieron asimilar, tanto de la tradición griega como de la hebrea, y con esta actitud ganaron terreno rápidamente.

Miralles considera que no debe juzgarse la época romana de la cultura griega como un período de transición, carente de valor, repetitivo y de dependencia y flojedad culturales, sino como una época cuya revaloración es necesario hacer a partir de la lectura y el esfuerzo de comprensión de las distintas realizaciones culturales que describe en los siguientes apartados de este capítulo.

Con el encabezado de Gramáticos, rétores y sofistas: la prosa y los nuevos géneros continúa el autor su estudio.

Como consecuencia de la difusión de la enseñanza en la época helenística la educación fue concebida como medio de promoción social por las clases más bajas; las altas, a su vez, demandaban cada vez mejores enseñanzas, tarea que realizaron, primero, los filósofos y después los rétores. Por encima de gramáticos y rétores se coloca al sofista, ya para mediados del siglo I. Su labor se convirtió en condición imprescindible de la escritura culta.

Luego de una tradición tan importante, los modelos literarios apenas podían imponerse exclusivamente en esta época, por lo cual en retórica se usó el estilo mixto, combinación de asianismo (ampulosidad y refinamiento) y aticismo.

La prosa se impone sobre la poesía, si bien se trata de una prosa rítmica, de arte, atenta a las figuras retóricas, a rimas y paralelismos entre las frases del discurso. Pero tampoco impera un género; hay más bien mezcla de modelos que favorecen los ejercicios retóricos de las escuelas.

En opinión de Miralles, de tener que agrupar genéricamente la producción en prosa de época romana, las categorías más productivas serían el ensayo y la novela. El autor concibe esta esquematización sólo como un marco de referencia para poder entender, coherente y ordenadamente, lo que se presentaría de manera fraccionada, una enumeración de obras y de actitudes inconexas. Esto debido a que las noticias, o críticas a las circunstancias del momento, que hoy en día encontramos en periódicos y revistas, eran abordados indirectamente en la comedia, el mimo o la sátira; pero en prosa detentaron esta función de crítica y espejo de la sociedad la obra breve, el opúsculo, bien sermón o ensayo, a la manera, por ejemplo, de Luciano.

Luego de adscribir el origen del ensayo a la diatriba cínica, aborda Miralles las diversas clases que se encuentran en las cartas o novelas o en discursos mayores, para individualizar el ensayo en la obra de Plutarco, con diversos temas éticos, de polémica filosófica, de exhortación ético-política o de crítica literaria, hasta lograr la reducción de la historia a ensayo, como en las *Vidas Paralelas*.

Por lo que respecta a la novela, Carlos Miralles hace una amplia exposición. Considerándola un subgénero de la épica, la cual expresaba la linealidad de lo siempre igual, centrada en un héroe incapaz de progresar, idéntico a sí mismo, la novela es vehículo de una ficción que se asienta sobre la experiencia cotidiana, sobre los modos usuales de pensamiento, poniendo en evidencia el lenguaje de los signos, no el de los símbolos y los mitos.

Divide las novelas en realistas e idealistas; entre estas últimas coloca las narraciones de viajes o aventuras, las biográficas, situadas entre la aretología y la narrativa histórica, o pseudobiográficas y las historias de amor y aventuras, las denominadas novelas eróticas, de cuyo las únicas consideradas novelas por los críticos, entre las cuales sólo se conservan completas las de Caritón, Jenofonte de Efeso, Longo, Aquiles Tacio y Heliodoro, entre el siglo I y III. Ofrece Miralles el esquema argumental de este tipo de novelas y menciona la variación que representa *Dafnis y Cloe* de Longo, que se desarrolla en un escenario idílico y carece propiamente de aventuras.

Entre las novelas realistas se ubican dos novelas latinas: el *Satiricón* de Petronio y el *Asno de Oro* de Apuleyo, inspirada posiblemente en un modelo griego (el *Asno* de Luciano), y a su vez, inspiración para la picaresca renacentista.

Describe también Miralles el interés que el tema de la novela ha despertado entre los investigadores de la literatura que han atendido a su origen, y resume las principales teorías anotando, oportunamente, el que la novela griega, como la europea posterior, es un género devorador de otros géneros, nacida gracias al ingenio de quien supo recoger en uno todos los elementos

dispersos, precisamente cuando la coyuntura cultural y socioeconómica favorecía este tipo de producción.

Se menciona también aquí la gran difusión que tuvo la novela con la generalización del libro, ahora como códice, más fácil de manejar y, sobre todo, más barato, con lo cual proliferó la comercialización y las bibliotecas tuvieron auge al ser consideradas por los nuevos ricos como síntoma de buen tono. La lectura en voz alta, por otra parte, permitía el acceso también de los analfabetos a estos textos.

A propósito de la novela, a la que considera un género que refleja las tendencias de la época, a partir del s. I, Miralles reitera la característica de la literatura griega en este momento, centrada en la descripción de sus lugares (Pausanias) o de sus tradiciones más antiguas (Apolodoro) o en la descripción de seres incontaminados por el presente (Heraclés personificado como campesino).

Para Miralles el escritor más valioso de la época es Luciano, “si no siempre por su valor estrictamente literario, sí por su genialidad y por el carácter original de su producción”. Lo considera sobre todo un ensayista, incluso teórico, que trata temas debatidos por la filosofía y que retrata al mundo de su época, a veces mordazmente.

Concluye este apartado con la exposición del tema de los sofistas, entre los que destaca a Elio Aristides por su exactitud en la imitación de los antiguos y por evitar una retórica vacía, meramente de aparato.

El tercer apartado se intitula religión, filosofía y ciencia. En él se nos refiere el interés por las fuerzas ocultas de las plantas o el simbolismo de animales y piedras. Científicos, filósofos y hombres de religión elaboran más bien una hermenéutica de textos considerados como canónicos. Se busca la interpretación alegórica y así no sólo la cultura sino la naturaleza misma puede convertirse en un gran libro en el que todo es interpretable al margen o más allá de sí mismo. El conocimiento deviene patrimonio de expertos o iniciados. Proliferan las sectas gnósticas en un intento de evasión de la realidad cotidiana, buscando significados ocultos de las palabras y lo que éstas designan.

La filosofía adquiere vocación ética, entre cínicos y estoicos, o bien especulativa y religiosa en el neoplatonismo, tendencias ambas que concluyen en los filósofos cristianos, entre quienes destacan Gregorio de Nacianzo, Basilio de Cesarea, Orígenes y Sinesio.

Cristianos y paganos es el tema del cuarto apartado de este capítulo sobre la época romana.

Aunque muchos estudiosos de la literatura griega opinan que a partir de Constantino (s.IV) comienza la literatura bizantina, Miralles considera que el período comprendido entre Constantino y Justiniano (s.VI) es uno de transición, con un cambio gradual pero irreversible, en el cual los elementos de lo antiguo son todavía más importantes y más numerosos de los que presagian síntomas de lo nuevo.

En este siglo tienen auge nuevamente la retórica y la sofística. Destacan autores paganos como Himerio, Libanio y Temistio y otros cristianos como Basileo de Cesarea, Gregorio de Nisa y el de Nacianzo (ya antes mencionados como filósofos); entre unos y otros hay más diferencias de vitalidad que de estilo. El cronista del movimiento sofístico es Eunapio, cuya obra revela la importancia que fueron cobrando la teurgia, el ocultismo y el gusto, en general, por lo maravilloso, inexplicable y sobrenatural.

Del período sobresalen Gregorio de Nacianzo, a quien Miralles considera el escritor cristiano más importante en lengua griega, y Juliano, a quien concibe como el escritor griego en prosa más sugestivo e inteligente, después de Luciano.

En el apartado referido a la poesía se habla de los ejercicios escolares que ponían en prosa la poesía. La fábula fue objeto de tal ejercitación, y fue Babrio en el s. II quien reelaboró en verso una colección de fábulas cuya difusión en prosa se había hecho ya normal.

Florece sobre todo la poesía didáctica; hay herbarios y lapidarios y ejemplos de poesía encomiástica. Luego, en los siglos IV y V se impone desmesuradamente el género épico, dándose también a la polémica sobre la extensión del poema. Entre los cultivadores del poema extenso está Nonno (sus *Dionisiacas* constan de 20 mil versos) y entre los del breve destaca Museo. Parece haberse alternado el poema narrativo y descriptivo con la poesía encomiástica o de panegírico que sería la fuente principal de ingresos del poeta. El epigrama tiene manifestaciones importantes en el s. I y va perdiendo fuerza de calidad y cantidad hasta el s. V, ante el acoso de la poesía encomiástica.

Los poetas se encerraban en la reconstrucción de ritmos antiguos, del mismo modo que buscaban sus temas en la antigua poesía. Al lado de un gusto por lo narrativo, el rasgo más señalado de la poesía de esta época es su interés por lo extraordinario, y la abundancia de inspiración y temas religiosos. La única innovación, considera Miralles, se da en la búsqueda de la variedad de tono y temas.

Pero, como consecuencia del aislamiento de la lengua y la cultura griegas, ya para finales del s. IV se intensificó cada vez más el carácter anticuario de la cultura. Para justificar su pretendida superioridad, los griegos de la época se volvieron al glorioso pasado de los siglos V y IV a.C. Durante toda la época bizantina el jónico-ático de la prosa clásica fue el modelo de historiadores y rétores a los cuales se unieron los escritores eclesiásticos. Sin embargo, los bizantinos no se consideraban herederos de los griegos antiguos sino de los romanos, con cuya denominación se hacían llamar.

Al final de su ensayo, en un pequeño capítulo intitulado Final y Retrospectiva, Miralles aborda la diversificación de la lengua escrita y hablada, con su correspondiente transmisión literaria. Termina su exposición explicando el cambio de significado del término helenismo, desde su acuñación en el s. III a.C. hasta el s. VII, con el cual se cierran sus manifestaciones. En nuestros días se concibe al helenista como un profesionista que intenta leer con la má-

xima fidelidad los textos antiguos a la luz de los datos que más puedan aclararlos, y gracias a quienes Grecia y su cultura pueden ser hoy para nosotros algo más que simplemente una época entre otras de la historia de la humanidad.

Sin lugar a dudas que la finalidad que Miralles se propuso al escribir este ensayo se cumple cabalmente, pues logra que el lector comprenda en su complejidad las épocas helenística y romana de la cultura griega. El único pero que oponemos a sus logros criticaría la reiteración que hace el autor de ciertos temas, precisamente por su afán de lograr la cabal comprensión por parte del lector, y el manejo excesivo de datos y erudición que, en ocasiones, crea confusión, dado el carácter divulgativo de la obra. Valdría la pena en una futura edición evitar las reiteraciones, agrupar mejor los conceptos a desarrollar en un tema, y no tratar una parte primero para ampliarla después en el tratamiento de otro asunto, con la consiguiente falta de claridad o precisión, también sembradora de duda.

Valiosos son los juicios sobre autores, géneros y obras, y muy meritoria la labor de síntesis que emprende para comprender la cultura griega desde el inicio del helenismo (e incluso antes, desde el s. IV a.C.) hasta fines del s. VI.

LOURDES ROJAS ÁLVAREZ.

CORBETT, Edward P. J., *Classical Rhetoric for the Modern Student*, New York, Oxford University Press, 1965, XII + 584 págs.

Desde el prefacio mismo son notorios la admiración y el apego de Corbett por Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, los tres pilares de la retórica antigua, esto dicho sin ofensa a los fundadores de ésta ni a los émulos de aquéllos.

En medio del empeño para adaptar las enseñanzas de la retórica grecolatina al arte de la composición moderna, el autor sensibiliza paulatinamente el ánimo del lector a tal grado que éste queda convencido de las virtudes y alcances de esta ciencia, misma que ha ido perdiendo el prestigio que en rigor le pertenece: ser una ciencia para la eficaz comunicación, oral o escrita.

Al igual que cinco son las partes del discurso oratorio, Corbett divide su obra en cinco capítulos (el último sin numeración), y añade una bibliografía a manera de *amplificatio*, también quinaria y también con su propia *amplificatio*. Obsérvese en seguida, a grandes rasgos, su contenido.

I. La introducción consiste en tres discursos, producto directo de la retórica: el primero es un resumen de "Custodians of History", pronunciado en la ONU por Adlai E. Stevenson, el 15 de octubre de 1962; otro, por Odiseo ante Aquiles (*Iliada*, IX), y el tercero, por Aquiles en respuesta a Odiseo (ibídem), cada uno de ellos con su propio comentario, para llegar a una explicación de la retórica clásica, exponiendo sus partes fundamentales, siempre con funda-